

---

# **Confidencias**

Federico Gana

---

**textos.info**

Libros gratis - biblioteca digital abierta

## **Texto núm. 7369**

---

**Título:** Confidencias

**Autor:** Federico Gana

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 16 de enero de 2022

**Fecha de modificación:** 16 de enero de 2022

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Confidencias

La trilla había terminado por fin ese día. Y en la tarde, mientras las primeras estrellas principiaban a brotar, dulcemente, del cielo sin nubes, yo estaba muellemente recostado en la enorme era de paja.

Hasta mí llegaban en la calma del atardecer, los rumores del hondo camino real vecino: traqueteos de carretas, cantares vagos, ladridos de perros, todo envuelto en confusas nubes de polvo. A mis espaldas, en la región de los potreros y las vegas, principiaban las ranas y sapos a ensayar su melopea al crepúsculo. Contemplaba tranquilamente sumergido en suave embriaguez, el gran motor mudo e inmóvil; el enorme cono de trigo que se ensombrecía poco a poco, las casas bajas del mayordomo, que tenía al frente; la enorme masa de los Andes, que servían de fondo a las múltiples alamedas que se proyectaban muy pequeñas. Ahí cerca escuchaba el suave rumor de las aguas del estero deslizándose suavemente, besando las húmedas raíces de los grandes sauces llorones. Todo era tranquilidad, dulzura, preludios del hondo silencio de la noche.

De pronto, muy cerca de mí, en el gran montón de paja, escuché una conversación. Era un diálogo lento, desmayado, interrumpido por suspiros, bostezos, largos intervalos de silencio. Eran dos trabajadores que se hacían confidencias.

—Sí, Juan, decía uno, es buena, buena mujer la Tomasa. Yo la conocí cuando estaba casada con don Sosa. ¡Qué vida la de ella! Lavar, planchar, coser, hacer la comida; recogerlo todos los sábados borracho de los negocios donde iba el caballero y traerlo a él y a su yegua, a su casa en la tarde. Nunca pedía un cinco ni decía una palabra: ella bastaba para todo; y tú te acuerdas lo «chatre» que andaba el viejo; todos los sábados camisa limpia, ropa nuevecita; parecía un caballero! Y cuando se enfermó, qué de trajines para cuidarlo, para el entierro! Y, ¿cómo fué, Juan, cuando se concertaron?

—Aquella noche, don Bartolo había ido a las Tres Esquinas; no tenía cobre porque todo lo debía a la hacienda; llegan unos niños y me convidan con un trago de ponche, y vamos poniéndole... Tanto le puse que, según me contaron, como andaba mal comido hacía días, ahí me quedé dormido cerca de la vara. Pasa la Tomasa, me ve, me remece —usted sabe las fuerzas que tiene— me levanta... y yo a tastabillones, y así del brazo me lleva hasta su casa con mi sombrero bien apretado en la mano. Cuando al día siguiente desperté durmiendo en el corredor, al lado de la quincha, ella estaba parada frente a mí, don Bartolo, con un mate en la mano. Cuando me dijo muy seria: Juan, sírvase este matecito, le hará bien —yo no sé qué me dió de decirle: Tomasa, ¿quiere que me quede aquí para que vivamos juntos siempre? Al oirme ella se alejó callada, pero vi que le había gustado; y así me he ido quedando todos estos días allá hasta que me resolví. ¿Qué le parece?

—Muy bien, Juan; como te dije, la Tomasa es una mujer de esas que mandan. Tú eres solo, no tienes a nadie por estos contornos; es cierto que ella es mucho mayor que tú, podría ser tu madre, pero, mejor, porque te libraré de los peligros. ¡Qué vida vas a llevar! Te envidio. Tú trabajarás para ti y ella para ti y para ella, como debe ser. El hombre no debe casarse sino cuando sea su conveniencia. Y yo, fíjate, Juan, yo que ya soy un viejo, ¿qué hice? ¡la «burrá» del siglo. Hace varios años de esto. Llega la señora de Santiago y trae una chiquilla nada fea, muy elegante, parecía que no pisaba en el suelo. Y ahí le da al patrón y a la señora, porque yo me reía con la chicuela, que nos habíamos de casar; y así se hizo. Para qué te digo nada todo lo que tuve que padecer con ella después. —¡Que yo no estoy acostumbrada a esto! —¡Que yo soy una señorita! —¡Qué hombre más borracho! Y ella cuidándose sola, y el pobre Bartolo echando los pulmones para mantenerla a ella y al sartal de chiquillos que vinieron después. Para qué te cuento los pleitos y las patadas. —¡Que voy donde el juez para que nos separemos! Y esto era de todos los días. ¡Naranjas! Y ahora que está vieja y ha puesto ese tambo que tiene, a mí no me gusta, porque todo seré yo, pero que le anden con historias a las chiquillas, eso sí que no lo aguanto! Pero ella manda. —¡Que el negocio; que no seas bruto; que lo echas todo a perder. —En fin, que estoy viejo, enfermo y fregado por haberme casado con una china aseñorada! No diré que sea mala, Juan, porque todo lo hace por vivir. Muchas veces el patrón me dice riéndose cuando me paga: ¿cómo le va, don Bartolo, con la María? Y yo tengo que contestarle: ahí lo pasamos, patrón, entre un garrotazo y una patada. ¡Cásate, cástate luego con la Tomasa, Juan! ¿Qué te falta?

—Algunos medicitos a los que ella va a juntar, y después ir donde el cura don Delfín, para que nos ponga las bendiciones.

Y mientras escuchaba este diálogo íntimo, me imaginaba a los dos interlocutores: Juan Sierra, muchacho de veintitantos años, alto, de anchas y gruesas espaldas, de tipo araucano, peón solitario y vagabundo, que, de cuando en cuando, aparecía por la hacienda, y don Bartolo Sepúlveda, inquilino del fundo, vejete de setenta años, célebre en el lugar por sus eternas y risibles reyertas con su mujer, la vieja María.

La noche había caído ya por completo: infinitas estrellas brillaban en el negro cielo sin luna; la inmensa vía láctea parecía titilar, también, acercándose a la tierra.

Y en el profundo silencio, aquella banal conversación de dos gañanes campesinos que hablaban, confidencialmente, de sus pequeñas vidas miserables, ofrecíame un interés tan hondo como los millares de mundos resplandecientes que rutilaban sobre mi cabeza.

## Federico Gana



Federico Gana Gana ?(Santiago de Chile, 15 de enero de 1867 – Ibídem, 22 de abril de 1926) fue un escritor y diplomático chileno.

Hijo mayor de Federico Gana Munizaga y Rosario Gana Castro,1? primos hermanos entre sí y descendientes de Alberto Blest Gana. Inició sus estudios secundarios en el Liceo de Linares en 1878, donde cursó el primer año. Continuó y finalizó su preparación secundaria en el Instituto Nacional. Obtuvo el título de Abogado en la Universidad de Chile en 1890,

pero ejerció por muy poco tiempo.

Vivió principalmente en Santiago y en San Bernardo. En octubre de 1890 apareció su primera publicación en el semanario La Actualidad, el cuento "¡Pobre vieja!", que firmó con el seudónimo Pedro Simple. A fines de ese año fue nombrado Segundo Secretario de la Legación Chilena en Londres, cargo que dejó con la caída del gobierno de José Manuel Balmaceda. Regreso a Chile, en 1892.

En marzo de 1894, apareció otro cuento, "Por un perro", que más tarde tituló "Un carácter". En julio de 1897, La Revista Literaria publicó el relato "Una mañana de invierno", conocido luego como "La Maiga", con el que comienza la corriente de criollismo rural en el país. En 1903 se casó con Blanca Subercaseux del Río, con quien tuvo seis hijos. Este mismo año participó, junto a su amigo Baldomero Lillo, en un concurso literario organizado por la Revista Católica, con los cuentos "La señora", "En las montañas", y "La Maiga".

Colaboró en Zig-Zag desde 1906. En esta revista comenzó su publicación de sus Manchas de color en 1914. Una gran cantidad de páginas suyas circularon en diversas publicaciones periódicas, como La Revista Nueva, Sucesos, Silueta Magazine, El Mercurio, La Nación, Atenea, Las Últimas Noticias.

Los estudios sobre el cuento chileno y su evolución, ha establecido categóricamente que Federico Gana es el auténtico descubridor del campo chileno como tema de este género narrativo. Surgido en el ambiente modernista de fines del siglo XIX, sus cuentos juveniles revelan una natural vacilación entre esa tendencia subjetiva y evanescente que causó el modernismo en sus inicios y la utilización de los motivos concretos que ofrecía la naturaleza del país.